

LA ECONOMÍA ESTÁ MÁS LIMITADA POR CULTURAS QUE POR RECURSOS

Expansión

La racionalidad de nuestro progreso se basa más en el pragmatismo de las teorías y de los números que en la humanidad de los entendimientos, y dirigimos nuestros esfuerzos a aquellos trabajos que nadie se atreve a cuestionar. Así nos vamos olvidando de los límites que construimos con actitudes y comportamientos que tienen un alto coste social y económico y que representan las verdaderas barreras a un progreso que solo buscamos con la misma luz de siempre y dentro de lo convencional agotado.

Nos interesa estar convencidos de que, si no todos, muchos de los problemas de la humanidad, que siguen siendo paradójicamente los mismos de siempre, tienen solución. Nos interesa estar convencidos de que esas soluciones están hoy mucho más cerca de nuestras posibilidades que nunca antes. Y nos interesa estar convencidos de que, si estamos convencidos, lo podemos hacer. Pero estar convencidos de todo eso no es un asunto de fe, ni tampoco es un asunto de esperanza. Es un tema de actitudes y de comportamientos, y es importante constatar que las actitudes y los comportamientos que han orientado hasta ahora nuestras actuaciones no son los más adecuados para ello.

El importante desarrollo que ha tenido, en los últimos decenios, la creación y configuración de estructuras sociales y políticas separadoras y distanciadoras, mediante la manifestación de los nacionalismos, los regionalismos y los autonomismos, ha originado sentimientos y culturas aislacionistas, ha complicado las relaciones entre un número creciente de Organizaciones e Instituciones y, sobre todo, ha originado y consagrado unos costes estructurales crecientes que la economía productiva tiene dificultades para soportar.

También es de destacar que, por inercia o como consecuencia de lo anterior, se han establecido, en esos mismos decenios, frenos considerables a la creación y configuración de estructuras sociales y políticas integradoras, habiéndose constatado las ventajas y los beneficios de todas y cada una de las iniciativas y actuaciones que se han realizado en este sentido. Europa está teniendo en este campo muchos de sus mayores problemas, y algunos de los países que la componen están recorriendo en este territorio itinerarios con destinos desconocidos.

Las democracias, que se han desarrollado y consolidado, en lo que llamamos Occidente, de maneras muy positivas, se han quedado a medio camino entre sus puntos de partida y sus destinos posibles óptimos. No hay dos democracias

iguales y cada una de ellas actúa como si fuera la mejor y no tuviera nada que cambiar para seguir siéndolo. Ello es consecuencia de la consolidación y el estancamiento de las políticas de corto alcance, incapaces de mirar más allá del fin de una legislatura por encima de las siguientes elecciones. Ello hará que las democracias continúen estancadas o vayan hacia atrás, con el empeoramiento de casi todo lo que, en ellas, necesita mejorar.

El predominio creciente de la dedicación de recursos a la detección y gestión de las diferencias, y el frecuente olvido de la búsqueda, establecimiento y capitalización de las coincidencias, está incrementando los inevitables costes de las primeras y dificultando las atractivas inversiones y la rentabilidad de las segundas. Es importante trabajar para el establecimiento de una cultura de las coincidencias, pues los seres humanos tenemos muchas más coincidencias productivas que diferencias onerosas. Es necesario establecer unas reglas de juego que concedan el derecho a ser diferentes solo a las personas que puedan demostrar que son capaces de ser iguales.

El excesivo desarrollo de los conceptos, los conocimientos y las actuaciones de la competición ha originado la explosión del mundo del conflicto, que se ha convertido en el sector de actividad más consumidor de recursos improductivos. Competimos en todos los sitios y en todos los escenarios, en muchos más que en aquellos en los que puede ser aconsejable competir. Sin embargo, somos conscientes que trabajamos y sabemos, mucho menos de lo que podemos y debemos, de cooperación. Si no somos capaces de competir mucho menos y de cooperar mucho más, estaremos luchando contra nosotros mismos más de lo que podemos soportar, y ello puede tener un coste insoportable.

El ser humano siempre ha sido egoísta, no puede dejar de serlo. Pero también puede ser altruista y solidario si existe un generalizado y visible reconocimiento de la filantropía inteligente. Ello requiere un entorno social que contenga valores instalados soportados por convicciones que no ofrezcan justificaciones al escepticismo. Valores personales que adquieran la categoría de valores sociales. Y esto solo es posible en estructuras dotadas de una cantidad y calidad suficiente de liderazgo y de líderes, y nuestra sociedad actual tiene en este aspecto una de sus mayores carencias.

La tecnología ha sido la plataforma del establecimiento positivo de las referencias de un entorno operativo de universalidad. Los transportes, las comunicaciones y las redes han roto las tradicionales barreras del tiempo y del espacio y han instalado la globalidad como manifestación de la victoria de la economía sobre la política. La política ha continuado operando en un contexto de localidad y la economía ha establecido un contexto de universalidad. Pero la creación y el desarrollo de instituciones universales están encontrando dificultades importantes difícilmente superables desde las referencias de localidad instaladas en el egoísmo de lo personal y de lo próximo.

La cultura sigue siendo la excusa de los privilegios intelectuales de la antieconomía y continua viviendo casi de incógnito en los rincones de la

estética, sin que los esfuerzos por extenderla y repartirla sean tan grandes e importantes como ella se merece y como se merece la humanidad. La democracia se ha instalado, en el mejor de los casos, como sistema, pero esa instalación es incompleta e insuficiente, ya que es imprescindible, para modificar las actitudes y los comportamientos que debemos superar, instalar la democracia como cultura, y ello requiere una base cultural mas extensa y compartida que aquella de la que actualmente gozamos.

Es por mucho de lo anterior por lo que la delincuencia se está haciendo extensa y fuerte y, en muchos casos, más fuerte que la justicia. El crecimiento de la delincuencia individual y colectiva, de personas y de mafias, en actividades crecientes en alcance y en atrevimiento establece la instalación de entornos de falta de respeto por las personas, los derechos, las leyes, las policías y la justicia, entornos en los cuales los delincuentes constatan que el valor de las expectativas de éxito es mucho mayor que la erosión de las probabilidades de fracaso. Las conexiones entre la delincuencia y ciertas actividades negociales que bordean los límites de la legalidad han crecido al amparo de las debilidades de los sistemas para enfrentarse a ellas. Y una corrupción creciente las alimenta.

Y, por último, la violencia, esa lacra que ha afilado sus garras de forma insospechada en los últimos cincuenta años y que amedrenta a una sociedad pacífica indefensa y perdedora, que el progreso positivo ha hecho incapaz de defenderse para asegurar la paz. Desde la violencia casera y de barrio al explosionado terrorismo se recorre un abanico de peligros que supera las conciencias y las alertas más preparadas y despiertas. Y las conexiones entre la violencia y la política han hecho que ciertos conflictos tengan más posibilidades de resolverse con violencia que sin ella.

Tomás Calleja
Profesor de ESADE